



EL FINAL DEL ANTIAMERICANISMO

Paul ISBELL

*Prefiero un saludo de un americano
a una caja de rapé de un emperador.*

LORD BYRON

Somos la nación más odiada de la tierra.

KURT VONNEGUT

Uno

El derrumbe y la fragmentación del bloque comunista transformaron la escena internacional, desencadenando una nueva oleada de sentimientos favorables hacia los valores e instituciones por los que aboga Estados Unidos; a saber, la economía de libre mercado y la democracia multipartidista. Sin embargo, para gran disgusto de muchos americanos —y de

no pocos europeos, también perplejos ante la fuerza perdurable de este fenómeno—, el *antiamericanismo* persiste en una serie de formas complejas y sutiles, a pesar de la suposición, antaño dominante, de que se marchitaría con el sueño comunista. Si bien sus expresiones más crudas quizás hayan remitido con la caída del muro de Berlín y la expansión de las democracias de mercado, muchos observadores han destacado recientemente la pervivencia de retazos —así como nuevos estallidos— de lo que algunos han llegado a considerar como una enfermedad cultural.

A menudo se sigue asociando el antiamericanismo con el radicalismo de izquierdas en Europa y en el Tercer Mundo durante las décadas de los años sesenta y setenta. Hace una generación, el antiamericanismo se convirtió en la postura política y la actitud cultural propia de los progresistas europeos, así como de los intelectuales y políticos de América Latina, África y Asia que consideraban la presencia, la influencia y el poder de Estados Unidos como sinónimos de explotación «neocolonial» y de un militarismo reaccionario. Tal y como han subrayado muchos, este sentimiento presentaba un fuerte contraste con los intensos sentimientos proamericanos de la generación europea precedente, que reivindicaba sin reparos el papel salvador de Estados Unidos, o de África y Asia, donde las colonias quizás hayan albergado esperanzas de que algún día los americanos les ayudarían a liberarse, también a ellos, de su sometimiento a los señores europeos. Por supuesto, algunos —como Patricio Lumumba y Ho Chi Minh, e incluso Emilio Aguinaldo mucho antes que ellos— se sentirían amargamente decepcionados. Pero a medida que los años sesenta y setenta se fueron quedando atrás y los *progres* de Europa pasaron a estar tan desprestigiados y *démodés* como sus homólogos *hippies* de la contracultura de Estados Unidos, también la postura antiamericana se convirtió en el emblema de un izquierdismo retrógrado.

Pero el antiamericanismo no es siempre un sentimiento, retrógrado o no, de izquierdas, y no cabe reducir su relevancia al destino de la cultura juvenil izquierdista del Norte ni a la política revolucionaria del Sur. El antiamericanismo ha encubierto intereses económicos, políticos, ideológicos, culturales, sociales y, sin duda, personales de innumerables matices —ya sean los monárquicos británicos de finales del siglo XVIII o los campesinos de América Latina dos siglos después— que de algún modo han entrado en conflicto con una capa concreta del Estado de Estados Unidos o de las culturas de sus ciudadanos. Ha venido desde la «izquierda» y ha venido desde la «derecha»; a veces, hasta ha trascendido las categorías tradicionales del es-

pectro político y se ha vuelto difícil de definir y analizar en términos contemporáneos.

En Europa, el sentimiento antiamericano perdura no sólo en los círculos políticos de izquierdas, sino también entre las numerosas clases medias, sobre todo en España, como ha revelado una encuesta reciente del CIS (1). También está vivo y coleando entre las élites políticas y culturales europeas, que, aunque quizás silencien la expresión de estos sentimientos, siguen guardando rencor al poder que ha amasado Estados Unidos en este siglo y, aún más, al modo como ejerce su influencia en el mundo. A medida que los variopintos procesos de globalización de finales del siglo XX avanzan a marchas forzadas en el mundo de la post-guerra fría, el antiamericanismo se ha convertido a veces en una suerte de postura informal en política exterior para el mayor rival occidental de Estados Unidos, Francia, así como para los numerosos enemigos de Boris Yeltsin, el hombre fuerte de Occidente en Moscú, y los muchos aspirantes a su trono.

Mientras tanto, el antiamericanismo ha amainado en el Sur desde el apogeo del Grupo del 77, tan sólo para ver cómo su centro de gravedad se desplazaba hacia Oriente Medio, el golfo Pérsico y el Magreb, donde los regímenes radicales islámicos y baasistas han atizado la llama antiamericana durante las dos últimas décadas. De hecho, el antiamericanismo encuentra hoy su terreno más fértil en las culturas islámicas, donde a menudo se considera que Estados Unidos financia y lucha a favor de los regímenes opresores, interesándose sólo por el petróleo, la «seguridad» israelí y la promoción de los «males» de la moderna «decadencia» consumista. Pero aunque quizás haya remitido el apasionado antiamericanismo de los años sesenta y setenta en África, Asia y América Latina, en muchos de estos lugares subsiste una ambivalente relación amor-odio, un frágil equilibrio que podría desbaratarse en cualquier momento.

Aun cuando los chispazos actuales que renuevan los estallidos de antiamericanismo son fenómenos post-guerra fría, tienden a reactivar los antiguos rencores de la guerra fría y, con estos, las antiguas imágenes del «dominio imperial» de Estados Unidos durante su ascenso al poder y su combate crepuscular con la Unión Soviética. Estas expresiones antagónicas abarcan desde la actitud hostil implícita en la mayor parte

(1) Véase «Recordar el *Maine*», Emilio Lamo de Espinosa, *El País*, 25 de noviembre, 1996.

del fundamentalismo islámico, las inquietas reacciones del mundo a los bombardeos de Estados Unidos a Irak y los resentimientos provocados por las intervenciones unilaterales del país en cuestiones comerciales y financieras (ya sea en Cuba, Europa, Japón o China) hasta el tradicional, pero aún vivo, resentimiento europeo hacia la hegemonía cultural americana, los sospechosos nacionalismos del antiguo bloque soviético y una nueva circunscripción medioambiental, de crecimiento cero y neo-luddita, que se esparce rápidamente por todo el globo.

Tampoco escasea en el mundo un acérrimo *proamericanismo*. Son muchos los europeos que, al igual que sus homólogos americanos, manifiestan un rotundo desdén ante todo lo que suene remotamente a antiamericanismo (2). Estos comentaristas suelen dar por hecho que cualquier expresión antiamericana es categóricamente ilegítima. Sostienen que las críticas a Estados Unidos son desatinadas y superficiales, que se apoyan fundamentalmente en clichés anticuados y que proyectan una cortina de humo sobre ocultos intereses políticos o personales que están muy lejos de ser impecables. Por su parte, aquellos a quienes se imputa esta enfermedad suelen negar la acusación (3). No son antiamericanos *per se*, afirman, sino que su análisis —antiamericano o no— es el mero fruto de una crítica legítima, derivada de características innegables del registro histórico.

El debate típico en torno al antiamericanismo se ciñe a este conocido modelo, centrándose en la legitimidad y benevolencia del poder americano y, por extensión, en la legitimidad de las críticas a este poder. Como era de esperar, el debate termina siempre en punto muerto, y probablemente siempre será así. Pertenece a la naturaleza de las cosas el que nunca vaya a haber una opinión consensuada sobre el hombre fuerte, al menos mientras esté vivo. Sin embargo, entre el barullo y la confusión de pechos enardecidos y banderas llameantes, una cosa está clara: el antiamericanismo —«legítimo» o no— renace continuamente, y casi siempre se aviva, por

(2) Véase Hermann Tertsch, «El amigo americano», *El País*, 22 de julio, 1996; Pedro Schwartz, «El planeta americano», *El País*, 9 de noviembre, 1996, y Carlos Rodríguez Braun, «God Bless America», *El País*, 19 de diciembre, 1996.

(3) Un destacado representante de los llamados «antiamericanistas» sería Vicente Verdú (véase «Don Pedro», *El País*, 16 de noviembre, 1996), y a Noam Chomsky se le suele presentar como líder de la modalidad nacional de antiamericanismo. (Para una muestra de su crítica, véase *Año 501: La conquista continúa*, Madrid, Libertarias/Prodhufo, 1993.)

obra de dos corrientes post-guerra fría que no tienen visos de remitir.

Según muchos analistas del fenómeno antiamericano, la *modernización* constituye uno de los principales catalizadores del sentimiento antiamericano. «El antiamericanismo», argumenta el historiador americano Paul Johnson, «tan sólo es el signo externo más obvio y llamativo de una modernización irresistible, y no sólo los intelectuales sino todas las personas educadas están abocadas a, de cuando en cuando, desear el rechazo del mundo moderno, aun cuando se beneficien de él» (4). Pero, de hecho, el grueso de lo que Johnson llama *modernización* está impulsado por aquello a lo que hoy llamamos *globalización* —la evolución cada vez más rápida de la tecnología desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el ritmo forzado de las transiciones de mercado desde la crisis de la deuda de los años ochenta y la integración cada vez más intensa de la economía mundial bajo la bandera del libre comercio y de los mercados de capital desde la caída del muro de Berlín —proceso éste que ha tenido efectos profundos y a veces perjudiciales en gran parte de la población mundial, no solamente en las psiques de intelectuales acomodados.

La desintegración de las culturas tradicionales implícita en este doble proceso de modernización y globalización, junto con el inevitable dolor económico producido por las transiciones de mercado, ha provocado sin duda un gran resentimiento hacia el país que es considerado como el primer motor de ambos fenómenos. «La hostilidad hacia Estados Unidos, y en especial hacia ciertos aspectos de la cultura americana, no es siempre ni completamente irracional», admite Paul Hollander, un crítico especialmente virulento del antiamericanismo, «e incluso puede que algunas de sus manifestaciones irracionales tengan su origen en condiciones que justifican la preocupación. Poco a poco ha ido quedando claro que en la medida en que la “americanización” es una forma de modernización, el proceso puede provocar una aprensión y una angustia comprensibles entre quienes intentan preservar un modo de vida más estable y tradicional en diversas partes del mundo» (5). Este sentido de la responsabilidad no hace sino agudizarse por el hecho de que Estados Unidos se ha convertido en la única superpotencia del mundo. En muchos contextos culturales, el

(4) Johnson, Paul, «The Litany of Anti-Americanism», en *The National Interest*, primavera de 1992, pág. 95.

(5) Hollander, Paul, *Anti-americanism: Critiques at Home and Abroad, 1965-1990*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

proceso afín de la «homogeneización» cultural, a lomos de la integración económica global, también ha provocado una crisis de sentido —una alienante angustia cultural, o una amenazadora sensación de vulnerabilidad nacional— que según sostienen algunos críticos se proyecta de manera ilegítima en forma de antiamericanismo.

Estas tendencias pueden detonar fácilmente el antiamericanismo, sobre todo en el Tercer Mundo (si bien no sólo allí, como demuestra sobradamente la profunda susceptibilidad francesa a la influencia cultural americana). Cuando el ritmo cada vez mayor de tales tendencias viene acompañado del uso de la fuerza militar estadounidense para ayudar a los que a menudo se consideran como regímenes injustos y autoritarios, como es el caso de Israel, Arabia Saudí o Kuwait, y para castigar a otros, como Irak, la bomba del antiamericanismo puede explotar una y otra vez, como ha ocurrido en el contexto post-guerra fría de Oriente Medio y del más amplio mundo islámico.

Aunque los procesos de modernización y globalización y de las transiciones democráticas de mercado disfrutan, al menos, del apoyo de un precario consenso mundial, seguirán expresando este tipo de antiamericanismo *por asociación* aquéllos que deben echarse al hombro una parte significativa de las cargas resultantes. Pero aun dentro del consenso internacional actual —de hecho, incluso en el seno de la OTAN— sigue prosperando el antiamericanismo, a pesar del gran respeto y admiración que despierta Estados Unidos.

No obstante, existe otra tendencia contemporánea que aporta al antiamericanismo la llama más ardiente, reactivando formas previas, e incluso arcaicas, de sentimientos hostiles, bien sean profundos o superficiales. Esta es la creciente tendencia de Estados Unidos a actuar unilateralmente en el mundo, a ejercer su poder e influencia relativos sin tener en cuenta el espíritu multilateral y las instituciones internacionales que tanto hizo por promover en el pasado. Si bien el origen de esta tendencia se remonta hasta la muerte agónica de la Liga de las Naciones, el impulso le llegó durante las primeras fases de la guerra fría —véase, por poner sólo un ejemplo, la gestión estadounidense del régimen de Bretton Woods— y se ha convertido en un rasgo central de la política internacional desde que la Unión Soviética manifestó sus primeros síntomas de debilidad terminal a comienzos de los años ochenta. Bien sea el bombardeo de Irak, la legislación Helms-Burton o simplemente la actitud general de desdén de Estados Unidos hacia las Naciones Unidas, el unilateralismo americano en cuestio-

nes internacionales se ha convertido en la cuestión detonante con más peso para el antiamericanismo, tanto en Europa como en el resto del mundo.

Aunque muy pocos lo han comprendido verdaderamente, Estados Unidos siempre ha estado dividido, tanto en su conducta como en su autoconcepción, entre los principios nacionales rivales del *experimento* democrático y el *destino manifiesto* —entre el *realismo* geopolítico y la *ideología* mesiánica (6). Si bien esta división se ha manifestado históricamente en la tensión tradicional entre aislacionismo e internacionalismo, en la actualidad su expresión más clara es la divisoria política nacional entre *multilateralismo* y *unilateralismo*, oposición ésta que a menudo supera el antiguo cisma entre aislacionismo e internacionalismo.

A pesar de todas las apariencias en sentido contrario, en Estados Unidos late hoy un impulso multilateral, por muy discreto y tímido que pueda parecer desde fuera. Este —y no simplemente el aislacionismo legendario de George Washington— es el multilateralismo que es heredero intelectual y espiritual de la tradición experimental y realista de los «fundadores de la nación». En efecto, hoy en día la verdadera batalla del espíritu de la política exterior de Estados Unidos —y la clave para comprender el antiamericanismo contemporáneo post-guerra fría— ya no tiene lugar entre el aislacionismo y el internacionalismo, como durante mucho tiempo se ha supuesto, sino más bien entre las tendencias rivales del unilateralismo y el multilateralismo.

Puesto que el tema del antiamericanismo es demasiado extenso como para abordarlo aquí en su totalidad, este ensayo intentará analizar la tesis de que la mayoría de los antiamericanismos —nacionales o extranjeros, sofisticados o rudimentarios, interpretados o no como «legítimos»— se pueden localizar en una de estas dos raíces político-ideológicas: 1) reacciones a la concepción que de sí mismo tiene el país como ejemplo serio de democracia experimental —y a sus posibilidades de estimular una auténtica cooperación multilateral entre naciones; o 2) reacciones al *mesianismo* y al *excepcionalismo* de Estados Unidos —y a las políticas exteriores unilaterales que estas actitudes fomentan. Mientras que el antiamericanismo del siglo XIX se desencadenó fundamentalmente por la amenaza democrática experimental que Estados Unidos representaba para el orden

(6) Schlesinger, Jr., Arthur M., *Los ciclos de la historia americana*, Alianza, Madrid, 1988. Véase el capítulo 1.

colonial e imperial dominante, el antiamericanismo del siglo XX casi siempre lo han provocado los tipos de conducta unilateral en que ha insistido la autoconcepción mesiánica de Estados Unidos.

A pesar de que el reciente control unilateralista del Congreso le ha puesto sordina, el impulso multilateral es profundamente consciente de la excelente oportunidad de Estados Unidos — incluso de la necesidad— para encauzar una transición estable y fructífera hacia el estatus de post-superpotencia en las primeras décadas del siglo XXI mediante una cooperación sincera en el marco de las instituciones internacionales. Lejos de implicar la abdicación de Estados Unidos de su liderazgo mundial, como temen los unilateralistas conservadores, este cambio radical en la política exterior de Estados Unidos podría contribuir sobremanera a consolidar la verdadera influencia constructiva del país en el mundo —y a hacer realidad las intenciones democráticas de los fundadores de la nación en nuestro nuevo contexto contemporáneo global— si tan sólo estuviese mediado por el espíritu y la práctica de la cooperación multilateral.

Sin embargo, bastantes estadounidenses se siguen aferrando a la idea del «excepcionalismo americano» para minar los intentos sinceros de actuar como *una nación entre muchas*, dentro del espíritu de cooperación internacional. Esta tendencia unilateralista arraiga en los cimientos de la ideología y se alimenta del rival mesiánico de la tradición del experimento democrático: la autoconcepción de América como pueblo elegido, una nación especial a la que la voluntad divina ha llamado a realizar su destino manifiesto y pregonar al mundo su mensaje democrático.

A juzgar por un solo ejemplo del unilateralismo estadounidense reciente —la legislación Helms-Burton—, es evidente que, aunque la lucha contra el comunismo haya sido un «éxito» (quizás por esta misma razón), muchos americanos no pueden evitar seguir haciendo la guerra. Pero tales maquinaciones de Estados Unidos contra Cuba son más que la mera historia de unas espadas nobles blandiéndose ante un molino de viento siniestro y barbudo: como otras políticas unilateralistas, están empezando a ser un obstáculo para el mundo real donde siguen viviendo nuestros supuestos amigos. No obstante, los aliados deberían ser conscientes de lo que son signos esperanzadores, como los esfuerzos continuados de la administración Clinton, por lo general *multilateralista*, para desactivar los aspectos más dañinos de esta legislación y de otras formas de unilateralismo que por desgracia se ha visto forzada a desarrollar para

cumplir objetivos políticos nacionales a corto plazo. De hecho, muchos de quienes se han replanteado recientemente previas actitudes antiamericanas lo han hecho como respuesta a lo que han percibido como una renovación del espíritu multilateral en Estados Unidos, que ha intentado hacer frente a los fuertes vientos unilateralistas que siguen soplando desde los años de Reagan.

Dos

...en el comienzo, todo el mundo era América...

JOHN LOCKE

Las primeras expresiones directas de antiamericanismo vinieron de los *tories* de la Inglaterra de Jorge III y de los *realistas* que mantuvieron su lealtad a la corona en las colonias americanas durante la lucha por la independencia de Estados Unidos. En efecto, el sentimiento dominante expresado por las clases dirigentes europeas del siglo XVIII era ni más ni menos que brutal. Gran parte de la élite europea, sobre todo francesa y británica, no veía en América el paraíso edénico que había descrito el filósofo John Locke sino más bien una suerte de burdel corrupto que sólo podría envenenar las virtudes de Europa y debilitar sus fuerzas.

Georges Buffon, el Abbé de Pauw, Horace Walpole y el infame Abbé Raynal postularon la idea de la inferioridad biológica inherente al continente americano: los animales eran más pequeños y débiles, así como los habitantes nativos, por no decir que eran pasivos y retrasados. Es más, a muchas élites europeas incluso les pareció útil que esta «inferioridad» también fuese social. En su muy distribuida *History of America*, William Robertson, Historiógrafo Real de Escocia, escribió que «las mismas cualidades del clima de América que atrofiaron el crecimiento (...) de sus animales nativos han resultado perniciosas para aquéllos que han emigrado allí voluntariamente» (7).

Después de la Declaración de la Independencia de 1776, el Abbé Raynal consideró que el tema del «error americano» era lo bastante serio como para merecer un concurso de ensayos auspiciado por la Academia de Lyons. Se estableció un premio de 1200 francos por el mejor ensayo sobre este tema: «El descu-

(7) Schlesinger, Jr., Arthur M. *op. cit.*, pág. 8. Schlesinger cita a Robertson de Henry Steele Commager, *Jefferson, Nationalism and the Enlightenment*, Nueva York, 1975, pág. 43.

brimiento de América, ¿fue una bendición o una maldición para la humanidad? Si fue una bendición, ¿por qué medios hemos de conservar y aumentar sus beneficios? Si fue una maldición, ¿por qué medios hemos de reparar el daño?» (8). Parece que la idea de que América tomó forma con las tempranas chispas de las democracias «jeffersoniana» y «jacksoniana» y, quizás aún más importante, la creciente realidad de un poder americano independiente, no le resultaban muy cómodas al orden establecido en Europa.

Los llamados «*founding fathers*» (fundadores de la nación) de Estados Unidos, obsesionados no sólo por el argumento de que, en efecto, América podría ser un «error» sino también por el recuerdo duradero de las caídas de Grecia y Roma, a las que tanto les habían sensibilizado sus educaciones clásicas, se tomaron esta «duda» —léase hostilidad— europea bastante en serio. Desconcertados ante este antiamericanismo temprano, su concepción inmediata de los Estados Unidos de América fue la del *experimento*, un intento de establecer una república democrática contra todo pronóstico a largo plazo, sobre el que pesaban además la fragilidad y la insensatez humanas, reforzadas por la reinante insistencia calvinista en la inevitable condena humana. Todos los hombres eran igualmente «inmediatos a Dios», rezaba la ideología contemporánea dominante, y por tanto estaban igualmente condenados a enfrentarse cara a cara, les gustase o no, con la futilidad de las ambiciones humanas y terrenales.

«El gran temor americano desde 1776 hasta 1861», sostenía recientemente el profesor David C. Hendrickson, «no era tanto que América llegaría a verse ruinosamente envuelta en el sistema europeo como que los precedentes y prácticas europeos arraigarían con firmeza en América —en otras palabras, que América se convertiría en el sistema europeo. El deseo de los primeros líderes americanos de escapar a este destino fue el factor más importante en la fundación de América» (9). La Declaración de la Independencia y el esfuerzo por forjar una república democrática fue, en esencia, una revolución existencial que nació de las más encumbradas aspiraciones humanas, pero no se cegó a las realidades de la historia. Habrían por tanto de invertirse hercúleos esfuerzos intelectuales en el intento de construir la república de tal manera que anticipase las dificulta-

(8) Schlesinger, Jr., *op. cit.*, pág. 9, citado de Henry Steele Commager y Elmo Giodanetti, *Was America a Mistake? The Eighteenth-Century Controversy*, Nueva York, 1967, pp. 126, 129, 138, 16.

(9) David C. Hendrickson, en «In our own image: The sources of american conduct in world affairs», *The National Interest*, invierno de 1997/98, pág. 11.

des que sin duda habrían de surgir de los inevitables pecados del hombre, de cualquier hombre, ya fuese en casa o en el extranjero. A este esfuerzo debemos la Constitución de los Estados Unidos de América, que —para bien o para mal— ha llegado a ser el documento político más admirado de la historia mundial.

La República Americana, en efecto, fue un disparo al azar, algo *sui generis*, como dijera James Madison en el Documento Federalista número 45: «Sin precedentes en su origen, tan compleja en su estructura y tan peculiar en algunos de sus rasgos, que para describirla no hay en el vocabulario político términos lo bastante nítidos y adecuados si no se recurre a detallar los hechos del caso» (10). Si bien merecía el esfuerzo, fue un experimento con muchas probabilidades de fracasar, al menos con respecto a sus aspiraciones más altas, pues habría de enfrentarse a las inevitables amenazas externas y presiones internas.

No fue hasta varias generaciones después, una vez que el país se hubo convertido en un éxito evidente en términos de la propia Europa, cuando la otra interpretación rival del origen e identidad de Estados Unidos empezó a tomar forma, llegando a eclipsar lentamente aquella primera intención *experimental* de los fundadores de la nación: la imagen de Estados Unidos como nación elegida, distinguida por Dios para traer al mundo el mensaje de la democracia, para llevar a cabo lo que Dios había revelado como su «destino manifiesto». «Parecía que la alianza de la salvación», ha escrito Schlesinger, Jr., «había pasado de los judíos a los colonialistas americanos». Esta «contratradición» también tenía su fuente en el *ethos* calvinista. «La cristiandad histórica», sostiene Schlesinger, «abrazaba dos pensamientos divergentes: que todas las personas eran inmediatas a Dios y que algunas eran más inmediatas que otras». Tan pronto como la rueda giratoria de la geopolítica empezase a situar a la nueva nación en circunstancias más favorables, sólo estaría a un paso de un nuevo *mesianismo*.

A diferencia de Europa, donde el colonialismo fue desde un primer momento la expresión natural del *esfuerzo nacional*, la intención originaria de Estados Unidos no fue aspirar al puesto del liderazgo mundial, mucho menos del poder imperial. Sólo cuando la tentación se presentó reiteradamente, fortalecida por las ideologías del progreso (que justificaban la expansión hacia el oeste y la desposesión de los indios) y por un nacionalismo estadounidense en ciernes (que se alimentaba de una sensación

(10) Cita recogida de Hendrickson, *ibid.*, pp. 9-10.

de confianza fruto del éxito obtenido en casa en la construcción de la nación... ¡y de haber desmentido al Abbé Raynal!), empezó Estados Unidos a capitular gradualmente —no sin amargas luchas políticas y sociales internas— a la arrogancia del poder.

El conflicto entre *aislacionismo e internacionalismo* —hasta cierto punto, activado durante los períodos previos a todas las guerras exteriores de Estados Unidos entre 1898 y 1991— reflejó en un primer momento la lucha entre experimento y destino que latía en la autoconcepción del país. Mientras que al principio el aislacionismo fue la expresión en términos de política exterior de la idea experimental (sin duda, en ella se inspiraron la originaria política de «no-participación» de George Washington y la Liga Antiimperialista de William James), el internacionalismo era el sueño del grupo del destino, incluido el Secretario de Estado de Lincoln, William Seward (que compró Alaska), el senador Henry Cabot Lodge y Theodore Roosevelt (que presionaron con fuerza a favor de la guerra contra España) y otros discípulos de Alfred T. Mahan (autor de *La influencia del poder naval en la historia*). Sin embargo, en el siglo XX la geopolítica mundial ha ido complicando cada vez más esta tensión nacional entre aislacionismo e internacionalismo, y ya no se corresponde tan nítidamente, como ocurría en el pasado, con la brecha ideológica entre experimento y destino.

Curiosamente, de la misma manera que los modernos partidos demócrata y republicano intercambiaron sus directrices fundamentales respecto a sus primitivos programas políticos y económicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, así también las tendencias aislacionista e internacionalista han llegado a intercambiar cada vez más sus originarios apuntalamientos ideológicos. Los aislacionistas de comienzos del siglo XIX eran plenamente conscientes tanto de las ilimitadas posibilidades de la democracia como de sus fragilidades inherentes y riesgos potenciales. Por tanto, se tomaron muy en serio las advertencias de George Washington contra los enredos en el extranjero, considerándolos como el primer paso —la manzana, por así decirlo— para sucumbir a la tentación del poder y a todas las consecuencias antidemocráticas que podría conllevar la implicación en el exterior. Esta forma decimonónica de *aislacionismo democrático* fue la que llevó a la Liga Antiimperialista a oponerse a la guerra de 1898; sobre todo a la Campaña de Filipinas, que deformaba el motivo originario de la seguridad de la Doctrina Monroe y lo hinchaba hasta convertirlo en un nuevo *internacionalismo mesiánico*.

Cuando el siglo XIX se acercaba a su fin dando paso al siglo XX, las realidades del creciente poder relativo de Estados Unidos en el mundo —y las consiguientes responsabilidades— forzaron a la veta experimental de la ideología americana (antes aislacionista) a participar en la amplia influencia de Estados Unidos en el exterior, enfrentándose cara a cara con las tentaciones de dominio y los delirios de grandeza. Woodrow Wilson, Franklin D. Roosevelt, Harry Truman, John F. Kennedy, Lyndon Johnson, Jimmy Carter y Bill Clinton acabarían forcejeando con esta difícil rearticulación del linaje experimentalista y viéndose forzados a guiar su tránsito desde el aislacionismo hasta el internacionalismo, y después —no sin varias caídas e incursiones en el unilateralismo mesiánico— hacia un nuevo multilateralismo.

Por otra parte, los aislacionistas contemporáneos tienden a expresar el espíritu del mesianismo, y creen que el destino de Estados Unidos como faro del mundo ha sido traicionado —que lo han secuestrado el movimiento de derechos civiles, el crecimiento de las poblaciones inmigrantes hispana y asiática, el activismo del gobierno federal (por muy inconsistente e intermitente que sea) a favor de las clases marginadas, la autoafirmación de gays y feministas y la defensa demócrata liberal de una realidad multicultural y de la cooperación multilateral en el seno de las Naciones Unidas. Esta intensa resaca de sentimiento nacionalista defensivo, reformulado en la política exterior estadounidense como un indignante *unilateralismo mesiánico*, ejerció una considerable presión sobre la administración Clinton durante su primer mandato, sobre todo en la política hacia Cuba, Irak y Naciones Unidas, produciendo desafortunadas distorsiones de las intenciones originarias del Presidente Clinton que sólo hoy empiezan a ser corregidas.

De hecho, el internacionalismo antaño de línea dura de Teddy Roosevelt y amigos transformó paulatinamente durante la guerra fría el *espíritu* mesiánico en un unilateralismo en política exterior y —en las versiones extremas que tomaron forma tras desaparecer el enemigo comunista— en el anhelo recrudescido de una nueva forma de separatismo. En términos estrictos, la ideología conservadora de la era Reagan no fue ni aislacionista ni internacionalista. No obstante, sí hizo explícito el impulso unilateralista latente que se venía formando en silencio ya desde los días dorados de la supremacía americana en los años cincuenta, cuando actuar unilateralmente era prácticamente una y la misma cosa —al menos para Estados Unidos— que el «multilateralismo». Por supuesto, en un primer momento a los aliados no les quedó más opción que aceptar «multilateralmente» el liderazgo y el dominio unilateral de Estados Unidos.

Sin embargo, la recuperación económica de Europa, el surgimiento de considerables potencias económicas en el antiguo mundo colonial y los *shocks* económicos de la OPEC transformaron el escenario de la Guerra Fría y crearon oposición a la política de Estados Unidos, incluso dentro de la alianza occidental. A modo de respuesta, la veta mesiánica de la identidad de Estados Unidos empezó a sentirse molesta por los aullidos de sus aliados, cada vez más insatisfechos en un mundo cada vez más inestable, y a irritarse con las nuevas restricciones a la política exterior y a los exclusivos privilegios internacionales de Estados Unidos que estos cambios podrían implicar. Cuando llegó la era Reagan, Estados Unidos estaba a la vez volcado en la retirada unilateral (abandono de —u hostilidad sin ambages— organizaciones internacionales como UNESCO, el Banco Mundial o incluso las propias Naciones Unidas) y en un intervencionismo unilateral al modo de la guerra fría (intervención explícita y encubierta en Centroamérica).

En los años noventa, sin embargo, ni siquiera la victoria de los ideales americanos durante la guerra fría pudo aliviar los sentimientos de irritación del bando mesiánico hacia las continuas críticas que emanaban de varios sectores —tanto en casa como fuera— ni su sensación de ser objeto de un ataque injusto de lo que vino a llamarse defensivamente el «antiamericanismo». Los movimientos engendrados por conservadores heterodoxos como Ross Perot y Pat Buchanan reflejaban las ganas de un mesías frustrado, resentido porque se siente incomprendido e ignorado, de retirarse vengativamente de un mundo ingrato y hostil. El aumento de grupos sectarios reaccionarios —movimientos antigubernamentales como los Freemen, sectas religiosas radicales como el clan de David Koresh, la panoplia de milicias neonazis inspiradas en el KKK— incluso fue más allá, expresando una forma aún más enrevesada de unilateralismo: *un aislacionismo en el seno del aislacionismo mesiánico*. Ahora que el antiamericanismo había penetrado de hecho las fronteras de Estados Unidos y envenenado el destino manifiesto, era necesaria una nueva revelación, para producir un nuevo destino —volviendo el separatismo blanco cada vez menos latente— y un nuevo impulso unilateral en la política exterior de Estados Unidos, como expresó el claro mesianismo del Congreso de Newt Gingrich de 1994, dominado por los republicanos.

Si el experimento de la democracia en Estados Unidos —con las inevitables formas culturales diferenciadas que terminaría produciendo, incluida la aparición de una nueva forma «realista» de multilateralismo— desencadenó el sentimiento antiamericano de las privilegiadas clases aristocráticas europeas, se-

ría este *mesianismo democrático unilateral* el que primero sembró las semillas del antiamericanismo entre quienes acabarían viéndose a sí mismos como oprimidos por un sistema internacional bajo el dominio de Estados Unidos, o bien como «revolucionarios» de algún modo respecto a lo que muchos han denominado la Pax Americana o la era post-Segunda Guerra Mundial.

Pero al margen de hasta dónde llegue la implicación internacional de Estados Unidos, la expresión más potente del *espíritu del experimento democrático* la aportan hoy los defensores de un auténtico multilateralismo en la política exterior de Estados Unidos —un espíritu de cooperación transparente e internacional en la dirección que hace el país de los asuntos internacionales—, mientras que el impulso de alcanzar un destino americano divino es la piedra angular ideológica de la nueva actitud unilateralista en política exterior y del inquietante fenómeno del separatismo blanco en la escena nacional.

Tres

Si tuviese que escoger entre vivir en la Unión Soviética y vivir en Estados Unidos, escogería sin duda la Unión Soviética.

GRAHAM GREENE

*«¿Qué te parece la idea del Cuerpo de Paz?», preguntó el Presidente John F. Kennedy a Jawaharlal Nehru, Primer Ministro indio, a comienzos de 1963.
«Un buen plan», respondió Nehru.
«Los jóvenes americanos privilegiados podrían aprender mucho de los aldeanos indios.»*

Ciertamente, no se puede negar que las manifestaciones de antiamericanismo a menudo se utilizan tácticamente para objetivos políticos internos, ni que en muchos casos el sentimiento antiamericano —sea cual sea la provocación— cristaliza en un prejuicio injustificable que cumple innumerables funciones psicológicas desvinculadas de los factores que lo motivaron en un principio, quizás hasta mucho después de disiparse aquellos factores. Cuando el antiamericanismo se erige sobre cimientos de ignorancia y demagogia, sin una crítica desarrollada a conductas concretas de Estados Unidos, guarda mucho en común con el racismo o el antisemitismo. «El antiamericanismo tiene ahora los contornos del antisemitismo clásico», afirmó en cierta ocasión el filósofo francés Andre Glucksman, «—poder oculto;

fuerzas oscuras y violentas fuera de todo control. Los reproches son los mismos (...) Einstein, Freud, Rothschild. Simplemente, las palabras son otras. “Están en todas partes. Están detrás de todo”».

En esta forma particular, el antiamericanismo crece dentro del mismo caparazón ideológico vacío que la intolerancia de una clase vulnerable provinciana o nacionalista rellena una y otra vez con un contenido arbitrario pero plausible, para después apuntar con él al enemigo más conveniente. Que algunos líderes empuñan este caparazón ideológico a modo de arma política, sacando ventaja de la crisis de identidad producida por los cambios alienantes de la economía internacional, es innegable. Fue este mismo truco el que emplearon los fascismos europeos en periodos anteriores de nuestro siglo.

En realidad, la élite europea ha seguido sintiendo el escozor de haber sido eclipsada, a pesar de que está más estrechamente alineada que nunca con Estados Unidos a resultas de las guerras mundiales y de la lucha con la Unión Soviética. Incómodos porque Estados Unidos le usurpó a una Europa decadente y fragmentada el papel de potencia mundial suprema, muchos europeos han blandido de vez en cuando el antiamericanismo como una cortina de humo histórica para tapar sus propios historiales coloniales, casi siempre apuntando con el dedo al blanco fácil —y no podría haber un blanco mayor que su cada vez más poderoso aliado, que parecía capaz de ejercer una especie de influencia imperial con mucha más sutileza y eficacia que la demostrada en el pasado por los países europeos.

La izquierda intelectual europea, en particular, siempre se ha sentido incómoda con que Estados Unidos represente el «mundo libre». «El antiamericanismo ha servido como pretexto», sostiene el escritor uruguayo Roberto Blatt. «Muchos europeos, sobre todo de la izquierda, siguen sintiéndose culpables por los pasados crímenes imperiales de sus países. Parte de la conducta reprochable de Estados Unidos durante la guerra fría se convierte entonces en un blanco fácil para proyectar sus propias memorias, acosadas por la culpa» (11). Como los americanos heredaron la batuta del liderazgo «colonial» de Europa —inconscientemente o no, quizás incluso por defecto geopolítico—, a los europeos les resultó natural intentar descargarse sobre América.

(11) Blatt, Roberto. Entrevista con el autor, Madrid, 28 de mayo, 1996.

Sin duda, esta proyección de la culpa desempeña un papel en el antiamericanismo conservador de la Europa contemporánea tanto como en el democrático. Pero quizás aún más centrales a este sentir sean las actitudes ambivalentes de Europa hacia los propios americanos. La relación amor-odio, tantas veces observada, ha sido tan fuerte en Europa como en el Tercer Mundo. Ahora como en el pasado, el combustible de gran parte del antiamericanismo europeo es fruto de la incómoda mezcla de admiración y envidia con la culpa reprimida mencionada antes. Tal sentimiento se ha convertido a menudo en una amarga crítica —expresándose primero en la rivalidad política, luego en la crítica sociológica y después en el esnobismo intelectual, para convertirse finalmente en un cliché transmitido de generación en generación como un estereotipo que llega a tener toda una vida propia. «Incluso a un americano crítico», reflexionaba el analista de política exterior Theodore Draper, «el ensordecedor antiamericanismo de los intelectuales europeos le parece obsesivo y repetitivo hasta rozar la psicopatología, sobre todo cuando perdonan a países y sistemas merecedores de una crítica mucho más estridente con pretextos manidos y raídas apologías» (12).

Muchos europeos han considerado desde hace mucho a Estados Unidos como un páramo de ignorancia cultural e intelectual, y han aprovechado este casi-mito como prueba de que Estados Unidos no merece tener su propio poder. «En ningún país del mundo civilizado», escribió de Tocqueville en *La democracia en América* hace 150 años, «se presta menos atención a la filosofía que en Estados Unidos» (13). Esta perspectiva legendaria, tanto como cualquier otro factor, se ha convertido en un rasgo central del antiamericanismo de las clases intelectuales europeas en el siglo XX, justo cuando se admira a Estados Unidos como epítome de la eficacia en el ámbito de la tecnología y del consumismo cotidiano, tierra de ilimitados recursos materiales —para intelectuales y académicos en igual medida que para hombres de negocios—, lugar donde las cosas funcionan y se llevan a cabo. Al final, como insisten una y otra vez los críticos del antiamericanismo, el antiamericanismo no le impide a nadie acercarse a la ciudad de Nueva York. Aun así, parece que para muchos europeos el defecto fatal de Estados Unidos es que el país está dirigido por una banda de nuevos ricos burdos e hipó-

(12) Citado en Walter Laqueur y Robert Hunter (eds.), *European Peace Movements and the Future of the Western Alliance*, New Brunswick, Transaction, 1985, pág. 103.

(13) de Tocqueville, Alexis. *Democracy in America* (Edición abreviada de Richard D. Heffner, Nueva York, Mentor Books, 1956, pág. 143).

critas, destinados a echar a perder su posición número uno: la «ignorancia cultural» y «hacer dinero» acabarán provocando que Estados Unidos se destruya a sí mismo, arrastrando consigo a Europa (14).

Muchos analistas del tema han destacado este prejuicio «ilegítimo», así como el paralelo ideológico del racismo y el antisemitismo, como el aspecto más interesante del antiamericanismo. Pero concentrarse en esta perspectiva oscurece el hecho de que tal prejuicio ilegítimo es tan sólo una de las características superficiales del fenómeno formal —y, ciertamente, esto no es exclusivo de los sentimientos hacia Estados Unidos. La sustancia misma, o el contenido del antiamericanismo, es fruto de las circunstancias cambiantes de la geopolítica, mientras que el catalizador contemporáneo que continúa resucitando el antiamericanismo es el virtuoso unilateralismo de Estados Unidos en la arena internacional. Las oscilaciones a lo largo del tiempo entre el anti- y el proamericanismo, que la mayoría de las veces son el fruto directo de realidades geopolíticas que evolucionan y de la variación del hincapié de la política exterior estadounidense entre el multilateralismo y el unilateralismo, constituyen la dinámica de gran parte de la «relación de amor-odio» antes mencionada que muchas sociedades todavía mantienen con Estados Unidos.

Es interesante observar que el resentimiento que se ha venido acumulando a través de los años entre muchos americanos hacia lo que han considerado como la *traición* no del «destino» nacional sino del «experimento» nacional, y la consiguiente recaída en la historia como «gran potencia» culpable de las mismas tendencias unilateralistas e imperialistas que todas las demás superpotencias del pasado, ha sido la génesis del llamado «antiamericanismo americano» que tanto ha perturbado a los críticos del antiamericanismo.

Debe reconocerse (y lo dice alguien que ha sido culpable de este pecado) que estas voces «progresistas» o disidentes en los discursos políticos y culturales de Estados Unidos a menudo terminan empapándose del espíritu del «excepcionalismo americano» tanto como sus adversarios mesiánicos y unilateralistas, pues en cierto modo asumen que Estados Unidos llevaría a buen puerto su experimento progresista, y para siempre, aun cuando todas las demás potencias del pasado —España, Gran Bretaña,

(14) Textos recientes de Vicente Verdú delatan a menudo tales sentimientos en el seno de esta tendencia contemporánea. Véase, por ejemplo, su libro *El planeta americano*, Madrid, Anagrama, 1996 o «Hay que organizarse contra la cultura americana», *El País*, 22 de mayo, 1996, pág. 41.

Francia, la URSS, incluso los sagrados ejemplos de Grecia y Roma— finalmente no pudieron resistirse a las tentaciones del poder relativo. Es este resentimiento entre los progresistas lo que escritores como Paul Hollander y Paul Johnson aprovechan incorrectamente cuando acusan a los críticos de casa de ser irrazonable e irracionalmente antiamericanos. Si bien tal sentimiento nacional —lo tildemos o no de americanista— es tan culpable de participar del excepcionalismo americano como la perspectiva farisaica, mesiánica, sin duda el excepcionalismo no es algo de lo que Hollander y Johnson, y sus semejantes, son inocentes.

Quizás era esperar demasiado cuando muchos de nosotros creímos que la idea experimental democrática se podría rearticular a escala internacional, sin fracasos ni traiciones, una vez que Estados Unidos fuese la potencia relativa dominante. Quizás lo natural fuese que Estados Unidos cometiera unos cuantos pecados unilateralistas. Sin embargo, el auténtico desafío hoy, y la única solución viable tanto para el antiamericanismo de dentro como para el extranjero, es dejar atrás los rencores del pasado, con todos sus ecos de traición, e iniciar la construcción en casa de un nuevo consenso respecto al multilateralismo en política exterior que acomode de manera realista los inevitables declives futuros del poder relativo de Estados Unidos.

Jamás tuvo esto más importancia. La política exterior más «realista» de Estados Unidos sería una aproximación multilateral que reconociese no solamente el declive del poder relativo, sino también la práctica disolución de las fronteras, antaño sólidas y tangibles, del Estado territorial, así como las implicaciones de la naturaleza cada vez más global de los principales desafíos a los que se enfrentará el sistema internacional en el siglo XXI, y que probablemente debilitarán los supuestos beneficios de la economía global si no se resuelven con éxito. Estos problemas incluyen presiones medioambientales y demográficas, la proliferación nuclear, las amenazas terroristas, etcétera. Una aproximación nacional, unilateralista —incluso procediendo de la nación más poderosa de la tierra— ya no bastará para abordar unos retos cada vez más supranacionales y globales, que trascienden las fronteras y las políticas soberanas de las naciones-Estado. Así pues, una cooperación multilateral eficiente significa construir instituciones internacionales creíbles y cederles el suficiente poder soberano, de tal modo que puedan funcionar con eficacia. Esto no se puede hacer, sin embargo, a no ser que se acabe rompiendo el destructivo ciclo autoalimentado de la política exterior del primer poder relativo del mundo —el ciclo de unilateralismo-antiamericanismo-unilateralismo defensivo

aún mayor. Quizás los críticos norteamericanos necesitarán replantearse cómo entablar un nuevo tipo de diálogo capaz de neutralizar la resistencia defensiva y hostil de los todavía influyentes conservadores que defienden las prerrogativas y los privilegios de Estados Unidos.

Cuatro

Complejo destino el de ser americano.

HENRY JAMES

Sin las «barbaridades» del mundo comunista para acaparar la atención, no queda ya nada con que ocultar los antiamericanismos conservadores y geopolíticos de Europa y Eurasia que emanan de intereses económicos y políticos rivales o de persistentes vanaglorias nacionalistas. Esto se ve nítidamente en las abundantes peleas en el seno de la Organización de Comercio Mundial, en la batalla retórica librada por economistas a ambos lados del Atlántico en torno a la conveniencia y el futuro probable del euro, en la ausencia de coordinación macroeconómica dentro del G-7, en la guerra virtual entre Estados Unidos y las Naciones Unidas y en las recurrentes discrepancias entre los aliados de Estados Unidos respecto a la política exterior del país. En la era post-guerra fría, este antiamericanismo «conservador» que gira en torno a cuestiones concretas puede prosperar como fenómeno geopolítico, mientras que el antiamericanismo «izquierdoso» se desarrolla primordialmente dentro de Estados Unidos como un fenómeno político interno, o en otras partes del mundo como un fósil ideológico, reincorporado a la palestra como un esquema para renovar reacciones antiamericanas basadas en rencores hacia el nuevo unilateralismo de Estados Unidos.

Dado el flujo y reflujo histórico del antiamericanismo y las continuas transformaciones políticas y culturales a las que ha sido sometido, una de sus funciones más importantes es servir como baremo histórico de la medida y la importancia de la intervención de Estados Unidos en el mundo. Más que poseer un contenido válido o relevante, gran parte del «antiamericanismo» no es más que el reflejo inevitable de la influencia, el poder y la interacción crecientes de Estados Unidos en el mundo en unos términos que no son en absoluto igualitarios. Analizar el antiamericanismo (o el «proamericanismo», para el caso) equivale entonces a explorar las diversas expresiones políticas, culturales y sociales que han rodeado la política exterior de Estados Unidos a lo largo del tiempo.

En cualquier caso, no es probable que desaparezca el anti-americanismo mientras Estados Unidos siga siendo la mayor potencia relativa del mundo y, *por asociación*, el representante simbólico de la modernización, la globalización y el cambio tecnológico. También el unilateralismo miope seguirá inflamando de nuevo las llamas que se extinguen. En palabras recientes del diplomático español Carlos Zaldívar, «existe un riesgo evidente de que la política exterior de Estados Unidos siga acentuando esta confusa mezcla de buenas intenciones, retórica pretenciosa, retiradas aislacionistas y unilaterales huidas hacia adelante que sigue produciendo. Podría ser cierto que, como ha declarado la Secretaria de Estado, “Estados Unidos es más grande y se ve desde más lejos que ningún otro país”, pero no parece advertir que el efecto de una mezcla tal será esparcir un nuevo antiamericanismo por todo el mundo» (15).

Aun así, queda claro que el fenómeno del antiamericanismo tendrá sin duda una vejez aún más activa si Estados Unidos continúa dirigiendo su política exterior como si siguiésemos en los años cincuenta, cuando era líder indiscutible del mundo libre y comandaba cómodamente un consenso entre los aliados —al margen de cuáles fueran las verdaderas preferencias de éstos— en la lucha contra la Unión Soviética. Y es que el mundo nunca se ha tomado en serio a Estados Unidos con su sedicente disfraz de mesías democrático, a excepción de las circunstancias concretas de intereses particulares literalmente salvados por la reiterada intervención de Estados Unidos en la guerra civil Europea, tal y como denomina el historiador Paul Preston el periodo 1914-1945 (16). «La verdad es», escribe Abba Eban, antiguo ministro de Exteriores israelí, «que nadie fuera de América se ha tomado nunca en serio la teoría del excepcionalismo americano. La teoría se apoya en la suposición de que Estados Unidos tiene un linaje anticolonialista. Pero la diferencia entre saquear poblaciones y conquistar vastos territorios dentro de un continente, y conquistarlos al estilo colonial enviando ejércitos allende los mares, nunca les ha parecido a los no-americanos una distinción moral» (17).

(15) Carlos Alonso Zaldívar, «Europa y la impotencia de la superpotencia americana», *El País*, 6 de junio, 1988, pág. 13.

(16) Véase «La Guerra Civil Europea: 1914-45», *Claves de Razón Práctica*, 53, junio de 1995.

(17) Eban, Abba. «The U.N. Idea Revisited», en *Foreign Affairs*, vol. 74, n. 5, septiembre/octubre de 1995, pág. 42.

Incluso si durante una temporada Estados Unidos fue una suerte de mesías en Europa, los tiempos han cambiado inevitablemente. Hoy Estados Unidos ya no puede dictarle al mundo con tanta facilidad —como siguen demostrando los semejantes de Fidel, Saddam y Milosevic—, y ciertamente no a Europa. Aquellos que esperan con impaciencia el final del antiamericanismo, por tanto, tendrán que seguir esperando, al menos hasta que la veta mesiánica de la política exterior de Estados Unidos y la compulsión a ejercer unilateralmente su poder relativo se superen. Con todo, al final ni siquiera el mítico estatus estadounidense de «única superpotencia» durará para siempre. Cuando por fin se haya desvanecido, quizás también el antiamericanismo se relegue —como el sueño comunista— al basurero de la historia.

Traducción de Celia Montolio
